

Capítulo CXXVII.

En el que se vé que Pánfilo de Narvaez iba á purgar la cruda guerra que habia hecho al ilustre Hernan Cortés.

—¿De qué se trata caballeros?—preguntó Cabeza de Vaca con la afabilidad de que hacia poco tiempo se habia revestido para granjearse las simpatías de todos.

—Estábamos hablando de nuestro jefe. Y en verdad que celebramos vuestra venida, porque deseamos saber si podríamos contar con vosotros para un proyecto que está en la imaginación de todos.

—Yo siempre voy adonde vayan mis compañeros, y si se trata de defender los fueros de la justicia, de la razón, de la equidad, mi mayor gloria, mi único anhelo será ponerme á su cabeza.

—Que me place oiros hablar así. Precisamente

estábamos recordando el carácter orgulloso é intransigente de Pánfilo de Narvaez, y todos decíamos que veríamos con placer que otro se encargase de la expedición.

—Nadie como yo se alegraría de eso. Ya habeis visto que habiendo sido tan amigos, que habiendo yo contribuido cuanto pude para que en la corte le nombraran adelantado, cómo se porta conmigo. No se me olvidará jamás que al hablarle yo con la familiaridad á que me creo con derecho en razón á nuestra antigua amistad, me dijo con la mayor altanería: «Cabeza de Vaca, los tiempos han variado. Si alguna vez os habeis creído igual á mí, ya veis que hoy nos separan nuestras diferentes categorías. En lo sucesivo os abstendréis de esas familiaridades, que no puedo, que no debe consentir, porque ellas serian causa de que se amenguase el prestigio que naturalmente he de ejercer entre todos mis subordinados.»

—Pues yo,—exclamé uno,—no hubiera consentido semejante grosería.

—¡Qué quereis! Yo no soy rencoroso, y miraba más el no promover un conflicto que el de satisfacer mi dignidad ultrajada.

—Propongo,—dijo Corantes,—que echemos suertes para ver quién debe sustituir en el mando á Pánfilo de Narvaez.

—Yo no acepto eso,—exclamó uno.

—¿Y por qué razón?

—Porque hay entre nosotros quien de hecho y de derecho debe ser nuestro jefe nato.

—Yo solo reconoceria esa superioridad en Cabeza de Vaca.

—Precisamente es el que propongo.

—Yo le acepto.

—Y yo.

—Nosotros tambien.

Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, con la mayor humildad, dijo:

—Señores, me confundís con vuestra bondad, y únicamente ante el temor de que me tildeis de desagradecido acepto ese honor. Pero no se me ocurre el medio de llevar á cabo lo que decís.

—Cualquiera es bueno si ha de conducirnos á nuestro objeto,—se atrevió á decir uno.

—Hombre,—exclamó oiro algo más escrupuloso,—tus palabras revelan implícitamente que no tendrais inconveniente de usar hasta el asesinato.

—No habia pensado en ello; pero á decir verdad, si hemos de ser lógicos, recordando que Pánfilo de Narvaez usó de todas malas artes en contra de Hernan Cortés, debíamos echar á un lado toda clase de escrúpulos.

—Yo soy franco; no apruebo esa idea, porque tarde ó temprano podria saberse en la córte y castigarse ese atentado.

—Efectivamente seria una imprudencia darle una muerte violenta; pero un veneno que lentamente fuese minando su existencia nos libraria de él, y todos atribuirian á una causa natural su muerte.

—Señores,—dijo Alvar Nuñez Cabeza de Vaca,—

me habeis honrado con vuestra eleccion, y esto me anima para haceros conocer mi opinion.

—Es nuestro mayor deseo.

—Sí; sí, que hable.

—Decid lo que gustéis, que todos acataremos lo que digais.

—Me parece mejor, antes de apurar los medios extremos, hacer ver á Pánfilo de Narvaez que no le consideramos digno de seguirnos mandando.

—Aunque habeis sido su amigo, conoceis poco su carácter. Es demasiado orgulloso, y su soberbia nos pondrá en el caso de que los aceros terminen esta cuestion, sacándola del cauce conciliatorio en que queris plantearla.

—Yo, salvo vuestra opinion, para mí respetable, creo que lo que convendria era sorprenderle en su cámara en cuanto nos demos á la vela, cargarle de cadenas, y encargaros vos del mando.

—Eso es lo mejor que podemos hacer.

—Todavía encuentro un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que Pánfilo de Narvaez protestará en su dia de esta violencia.

—Eso viene á confirmar mi idea primitiva. Perro muerto no muerde.

—Reservémonos eso para más adelante. Limitémonos por ahora á su prision, y evitando llegar adonde halla gobierno establecido, podremos continuar la exploracion y descubrimiento de este territorio. Cuando nos hagamos ricos, que espero será pronto, cada

cual adoptará la resolución que mejor le parezca, y podremos disfrutar de los beneficios que obtengamos, sin tener el remordimiento de haber derramado sangre.

La reunión se disolvió, aprobando todos el plan de Nuñez de Vaca, que era el último que había hablado.

Horcajo aprovechó una circunstancia favorable y comunicó á Pánfilo de Narvaez la conjuración que se tramaba.

Este, cuyo carácter era impetuoso, en el primer momento estuvo á punto de presentarse espada en mano á los rebeldes y castigar su osadía.

Pero comprendió que no era la fuerza la que había de darle la victoria, sino la astucia.

Cuando pedía á su imaginación el medio de resolver aquella crítica situación en que se hallaba, presentándose en actitud amenazadora dos oficiales:

—Daos presos,—le dijeron.

—Semejante atentado no ha de quedar impune,—exclamó Pánfilo, disponiéndose á desenvainar su espada.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva el rey!—gritaron los dos oficiales.

A sus voces acudieron todos los demás conjurados, y Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, adelantándose hacia él:

—Dadme vuestra espada,—le dijo;—hace un momento érais nuestro jefe, pero los tiempos han cambiado.

Pánfilo accedió, porque no tenía medios de oponerse á la voluntad de todos.

Horcajo pudo con maña confundirse con los conjurados, y á no haber sido por esto, hubiera peligrado su vida.

Narvaez cayó enfermo por el despecho que le produjo aquella escena, y uno de los que se le designaron como guardianes fué Horcajo, gracias á la alegría que fingió por haberles librado á todos la conjuración llevada á cabo, de la tiranía, de la opresión de su jefe.

—Yo me encargo,—le dijo en cuanto estuvieron solos,—de que no seáis víctima de un envenenamiento. Por de pronto, no tomeis alimento alguno que no proceda de mi mano. Os hago esta advertencia, porque sé que no falta quien desee deshacerse de vos.

Agradeció Pánfilo el aviso; y se trazó la línea de conducta que había de seguir.

Comenzó á fingirse loco, y como no tomaba más alimentos que los que le proporcionaba su leal servidor, al ver que tiraba cuánta comida le presentaban, creyeron efectivamente en su locura.

Desempeñó tan admirablemente su papel, que hasta los más suspicaces creyeron sinceramente en su idiotismo.

Cuando le hablaban, miraba estúpidamente al que le dirigía la palabra, y nada respondía á cuanto le preguntaban.

Capítulo CXXXVIII.

Nuevo plan de los conjurados.

La enfermedad de Pánfilo de Narvaez y la locura que él suponía hizo variar completamente de plan á los conjurados.

—Había aconsejado antes,—dijo Nuñez de Vaca á los conjurados,—que debíamos evitar á toda costa tocar en puntos en los que hubiera gobierno establecido. Hoy, en vista del estado en que se halla Pánfilo de Narvaez, creo que no sea necesaria esta precaución. Debemos dirigirnos á Méjico, donde se halla de virey mi buen amigo don Antonio de Mendoza, y si deseais que conserve el mando que vuestra bondad me ha confiado, nada más fácil para justificar mi elección que decir fuí nombrado en el momento en que la enfermedad de nuestro ex-jefe le incapacitó para continuar al frente de nosotros.

—La idea es muy juiciosa.

—Me parece excelente.

—Sois tan hábil como valiente caudillo.

—Cracias, mis queridos compañeros; jamás olvidaré esas entusiastas demostraciones de aprecio, y procuraré como hasta aquí inspirarme en el deseo de los que me han honrado depositando en mí su confianza.

Antes de darse á la vela observaron cuidadosamente á Pánfilo de Narvaez para ver si descubrían en él algo que indicase que iba á recobrar la razón; y satisfechos respecto á que nada debían temer sobre este punto, se trasladaron á bordo.

Desagradó sobremanera al loco por fuerza la noticia que le comunicó Horcajo de que pensaban dirigirse á Méjico, porque creía que allí se encontraría Hernan Cortés, y que no podría acudir á él demandando justicia, porque su conciencia le acusaba de lo mal que había procedido con el ilustre conquistador de Méjico.

No podía, sin embargo, oponerse á aquella determinación, y se resignó forzosamente.

Pero como la esperanza es la compañera inseparable del hombre, todavía pedía á su imaginación el medio de salir triunfante de sus encarnizados enemigos.

Había, no obstante, algunos momentos en que, recordando su conducta pasada, veía en cuanto le sucedía el castigo de las intrigas que había tramado contra Hernan Cortés.

Pero queriendo él mismo engañarse, trataba de ver en lo que le pasaba las consecuencias del abandono de la fortuna. siquiera fuese momentáneamente.

A este propósito recordaba las horas de prueba, de amargura por que había pasado Cortés, y se decía:

—Es indudable que en empresas como las que yo he acometido, hay que luchar con la ambición y con la envidia; pero al fin y al cabo la balanza se inclina á favor del que tiene razón, y á mí me parece que en estos momentos está de mi parte. Espéremos tiempos mejores, y en último resultado, si logro volver á España tal vez pueda vengarme de estos infames, que tan villanamente me han arrebatado el mando.

El día 10 del mes de Abril partieron del puerto tres navios.

Habían tenido que aguardar los conjurados hasta esa época, porque durante el invierno era muy peligroso navegar en aquellos mares.

La carabela en que llevaban prisionero á Pánfilo de Narvaez perdió de vista á las otras dos.

Más tarde se supo que los pilotos, temiendo una catástrofe. decidieron volver al puerto de donde habían salido.

El día 4 de Mayo, continuando su viaje la carabela citada, llegó á la Habana,

Nuñez de Vaca, Dorantes y demás que la tripulaban estuvieron allí quince días esperando á las otras carabelas.

Su temor se aumentaba al ver que no regresaban sus compañeros, porque sabían que pocos días antes unos piratas franceses habían apresado tres navios en aquellos mares.

Al tocar en la isla Bermuda les sorprendió un fuerte temporal.

Durante toda la noche se vió mil veces la carabela próxima á estrellarse contra las rocas.

Plugo á Dios por fin que al rayar el día cesase la tormenta.

Todos dieron gracias á la Providencia por haberles sacado con bien de tan inminente peligro, y un momento despues prosiguieron su marcha.

Veintinueve días más tarde, habiendo andado mil y cien leguas, al pasar por la isla del Cuervo, vieron un navio tripulado por franceses.

Comenzaron á seguirlos estos con una buena carabela que traían, tomada á los portugueses, y les dieron caza.

Nuñez de Vaca y los suyos vieron aquellas otras nueve velas, pero tan lejos que no podían conocer si pertenecían á navios franceses ó portugueses.

Cuando anocheció estaba el navio corsario á tiro de lombarda.

Gracias á felices evoluciones, durante la noche pudieron los españoles irse librando del francés, y cuando amaneció se hallaron unos y otros rodeados por las nueve velas que se distinguían á lo lejos, que pertenecían a la armada de Portugal.

Hé aquí lo que con este motivo dice uno de los

historiadores de la época, y á la vez soldado de aquella expedición:

«El francés, como conoció ser el armada de Portugal, soltó la carabela que traía tomada, que venía cargada de negros, la cual traían consigo para que creyésemos que eran portugueses y la esperásemos.

»Y cuando la soltó dijo al maestre y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva.

»Apenas dijo esto, metió sesenta remos en su navío, y así á remo y á vela se comenzó á ir, y andaba tanto que no se puede creer.

»La carabela que soltó se fué al galeon y dijo al capitán que el nuestro navío y el otro eran de franceses.

»Como nuestro navío arribó al galeon, y como toda la armada via que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron á punto de guerra y vinieron sobre nosotros.

»Llegados cerca les salvamos.

»Conoció que éramos amigos.

»Se hallaron burlados, por habérseles escapado aquel corsario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía.

»Fueron cuatro carabelas tras él, y llegado á nosotros el galeon, despues de haberles saludado, nos preguntó el capitán Diego de Silveira que de dónde veníamos y que mercadería traíamos.

»Le respondimos que veníamos de la Nueva España, y que traíamos plata y oro.

»Preguntáronnos que á cuánto ascendería el to-

tal, y el maestre le respondió que traería trescientos mil castellanos.

»El capitán añadió:

»—Boa fee que venis muito ricos: pero tracedes muy ruin navío y muito ruin artillería; ó fi de... can, á renegado francés, y que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos obedes escapado, seguime, y non vos apartedes de mí, que con ayuda de Deus, en vos porué en Castela.»

Cabeza de Vaca le dió las gracias por este ofrecimiento; pero le significó la necesidad que tenía de ir á Méjico.

Se despidieron, pues, y algunos días más tarde llegaban á la capital de la metrópoli los expedicionarios.

Su llegada circuló con rapidez por la ciudad, y el vi-rey don Antonio de Mendoza corrió á la playa para saludar á los recién llegados.

Su alegría fué grande al estrechar entre sus brazos á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, con el que le unían antiguos lazos de amistad.

Conferenciaron largamente los dos antiguos camaradas, el vi-rey ofreció su protección al enemigo de Narvaez, confirmándole en su cargo; pero este, que tenía dinero, y no quería exponerse á los vaivenes de la fortuna, decidió trasladarse á Lisboa y establecerse allí.

Mendoza, que creyó de buena fé en la locura de Pánfilo de Narvaez, ordenó al contralor don Luis Longo y Tenreyro que le llevase á su casa y le pres-

trase todos los auxilios que reclamaba su delicada situación, porque aun permanecía enfermo de gravedad.

Obedeció, no sin alguna repugnancia, el marido de la portuguesa, porque desde la aventura de Izampú había conocido, aunque tarde, el error que había cometido al enlazarse con doña Constanza.

Capitulo CXXXIX.

Ir por lana y volver trasquilado.

Algunos de los soldados que acompañaron á Alvar Nuñez de Vaca á Portugal, y que despues regresaron á la madre patria, corrieron el rumor de que Pánfilo de Narvaez había muerto.

La noticia llegó á oídos de su esposa Blanca, y como queria tanto á su marido, para adquirir detalles se trasladó á Lisboa.

La belleza de la mujer de Pánfilo impresionó vivamente á Alvar Nuñez, y desde el primer momento comenzó á hacerle la corte.

Adivinó desde luego que era una mujer noble, digna, virtuosa, y convencido de que tenia que renunciar á su amor, por los medios ilícitos trató de